



El 5 de noviembre de 1843, una esclava del ingenio Triunvirato de la región de Matanzas, a quien llamaban la Negra Carlota, se alzó machete en mano al frente de una partida de esclavos, y murió en la rebelión. Como homenaje a ella, la acción solidaria de los cubanos en Angola llevó su nombre: Operación Carlota.

## Los cubanos en Angola (I)

# OPERACION CARLOTA

**P**OR primera vez en una declaración oficial, los Estados Unidos revelaron la presencia de tropas cubanas en Angola en noviembre de 1975. Tres meses después, durante una breve visita a Caracas, Henri Kissinger le dijo en privado al Presidente Carlos Andrés Pérez: "Cómo estarán de deteriorados nuestros servicios de información, que no nos enteramos de que los cubanos iban para Angola, sino cuando ya estaban allí". En aquel momento había en Angola muchos hombres de tropa y especialistas militares y técnicos civiles cubanos, y eran más de cuantos Henri Kissinger pretendía suponer. Había tantos barcos cubanos anclados en la bahía de Luanda, que el Presidente, Agostinho Neto, contándolos desde su ventana, sintió un es-

treñecimiento de pudor muy propio de su carácter. "No es justo —le dijo a un funcionario amigo—. A este paso, Cuba se va a arruinar".

Es probable que ni los mismos cubanos hubieran previsto que la ayuda solidaria al pueblo de Angola había de alcanzar semejantes proporciones. Lo que sí tuvieron claro

desde agosto de 1965, cuando el "Che" Guevara participaba en las guerrillas del Congo. El año siguiente estuvo en Cuba el propio Agostinho Neto, acompañado por Endo, el comandante en jefe del MPLA, que había de morir en la guerra, y ambos se entrevistaron entonces con Fidel Castro. Luego, y

una ayuda para transportar un cargamento de armas, y además le consultó la posibilidad de una asistencia más amplia y específica. En consecuencia, el comandante Raúl Díaz Argüelles se trasladó tres meses después a Luanda, al frente de una delegación civil de cubanos, y Agostinho Neto fue entonces más preciso, aunque no más ambicioso: solicitó el envío de un grupo de instructores para fundar y dirigir cuatro centros de entrenamiento militar.

Bastaba un conocimiento superficial de la situación de Angola para comprender que el pedido de Neto era también típico de su modestia. Aunque el MPLA, fundado en 1956, era el movimiento de liberación más antiguo de Angola, y aunque era el único que estaba im-

desde el primer momento es que la acción tenía que ser terminante y rápida, y que de ningún modo se podía perder.

Los contactos entre la revolución cubana y el Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA) se habían establecido por primera vez, y habían sido muy intensos

por las propias condiciones de la lucha en Angola, aquellos contactos se habían vuelto eventuales. Sólo en mayo de 1975, cuando los portugueses se preparaban para retirarse de sus colonias de África, el comandante cubano Flavio Bravo se encontró en Brazaville con Agostinho Neto, y éste le solicitó

## Gabriel García Márquez



## OPERACION CARLOTA

plantado con una base popular muy amplia y ofrecía un programa social, político y económico acorde con las condiciones propias del país, era sin embargo el que se encontraba en una situación militar menos ventajosa. Disponía de armamento soviético, pero carecía de personal preparado para manejarlo. En cambio, las tropas regulares de Zaire, bien entrenadas y abastecidas, habían penetrado en Angola desde el 25 de marzo, y habían proclamado en Camuona un Gobierno de hecho presidido por Holden Roberto, dirigente del FLNA, y cuñado de Mobutu, y cuyas vinculaciones con la CIA eran del dominio público. En el Oeste, bajo el amparo de Zambia, se encontraba la UNITAS, al mando de Jonas Savimbi, un aventurero sin principios, que había estado en colaboración constante con los militares portugueses y las compañías extranjeras de explotación. Por último, las tropas regulares de África del Sur, a través del territorio ocupado de Namibia, habían cruzado la frontera meridional de Angola el 5 de agosto, con el pretexto de proteger las presas del complejo hidroeléctrico de Ruacana-Caluaqua.

Todas esas fuerzas, con sus enormes recursos económicos y militares, estaban listas para cerrar en torno a Luanda un círculo irresistible en las vísperas del 11 de noviembre, cuando el Ejército portugués abandonara aquel vasto y rico y hermoso territorio, donde habían sido felices durante quinientos años. De modo que cuando los dirigentes cubanos recibieron el pedido de Neto, no se atuvieron a sus términos estrictos, sino que decidieron mandar de inmediato un contingente de 480 especialistas, que en un plazo de seis meses debían instalar cuatro centros de entrenamiento y organizar 16 batallones de Infantería, así como 25 baterías de mortero y ametralladoras antiaéreas. Como complemento mandaron una brigada de médicos, 115 vehículos y un equipo adecuado de comunicaciones.

Aquel primer contingente se transportó en tres barcos improvisados. El "Viet Nam Heroico", que era el único de pasajeros, había sido comprado por el dictador Fulgencio Batista a una compañía holandesa en 1956, y convertido en buque escuela. Los otros dos, el "Coral Island" y "La Plata" eran buques mercantes acondicionados de urgencia. Sin embargo, la forma en que fueron cargados ilustra muy bien sobre el sentido de previsión y la audacia con que los cubanos habían de afrontar el compromiso de Angola.

Parece insólito que llevaran desde Cuba el combustible para los vehículos. En realidad, Angola es productor de petróleo y, en cambio,

los cubanos deben llevar el suyo a través de medio mundo desde la Unión Soviética. Sin embargo, los cubanos preferían actuar sobre seguro, y desde aquel primer viaje se llevaron mil toneles de gasolina, repartida en los tres barcos. El "Viet Nam Heroico" llevó 200 toneladas en tanques de 55 galones cada uno, y viajó con las bodegas abiertas para permitir la eliminación de los gases. "La Plata" transportó la gasolina en cubierta. La noche en que acabaron de estibarlos coincidió con una fiesta popular cubana y se reventaron cohetes y se hicieron prodigios de pirotecnia hasta en los muelles de La Habana, donde una chispa perdida hubiera convertido en polvo aquellos tres arsenales flotantes. El propio Fidel Castro fue a despedirlos, como habla de hacerlo con todos los contingentes que fueron a Angola, y después de ver las condiciones en que viajaban, soltó una frase muy suya, que, sin embargo, parecía ca-

sual: "De todos modos —dijo—, van más cómodos que en el "Granma".

No había ninguna certeza de que los militares portugueses fueran a permitir el desembarco de los instructores cubanos. El 26 de julio de ese año, cuando ya Cuba había recibido la primera solicitud de ayuda del MPLA, Fidel Castro le pidió al coronel Otelio Saraiva de Carvalho, en La Habana, que gestionara la autorización del Gobierno de Portugal para mandar recursos a Angola, y Saraiva de Carvalho prometió conseguirlo, pero su respuesta todavía no ha llegado. De modo que el "Viet Nam Heroico" llegó a Puerto Amboim el 4 de octubre a las 6,30 de la mañana; el "Coral Island" llegó el día 7, y "La Plata" llegó el 11 a Punta Negra. Llegaron sin permiso de nadie, pero también sin la oposición de nadie.

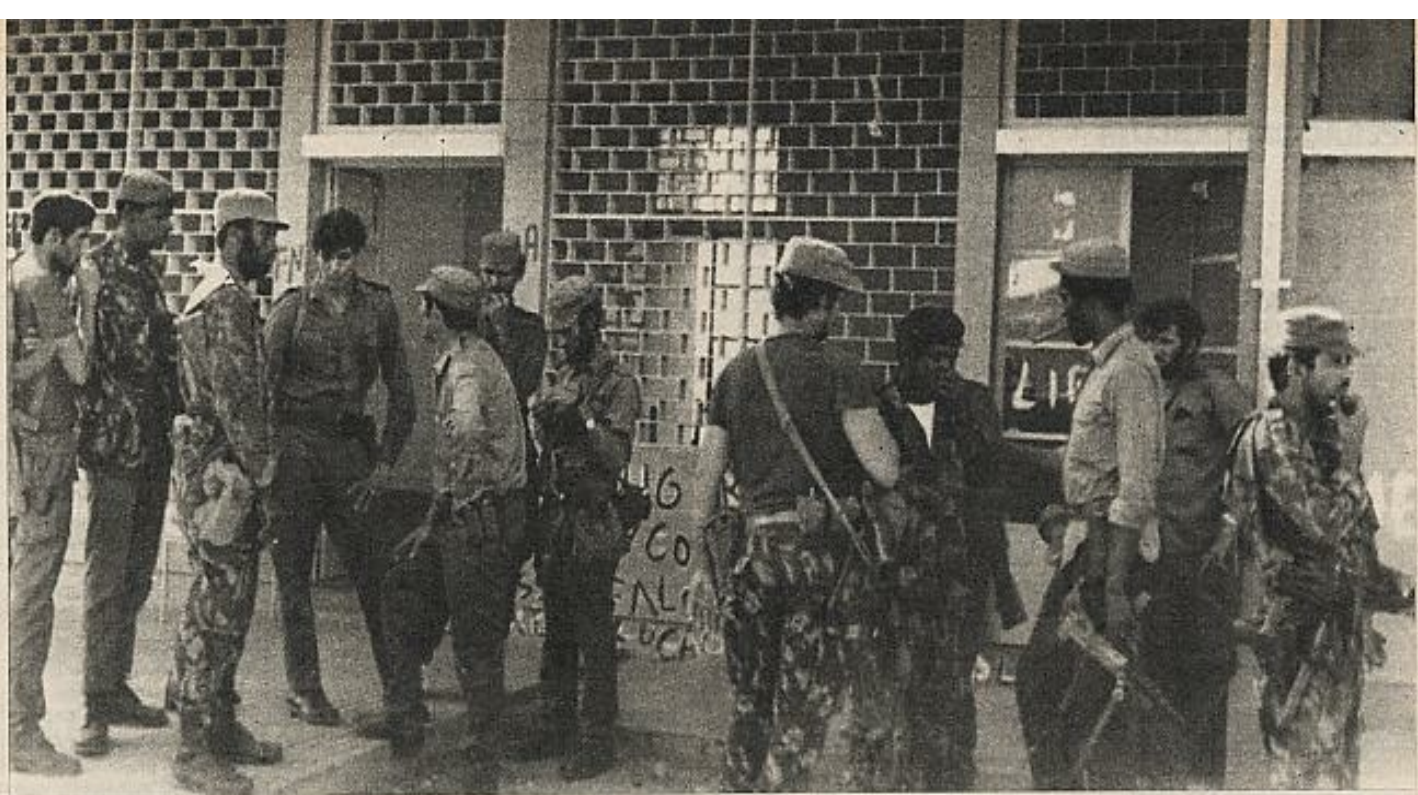
Como estaba previsto, los instructores cubanos fueron recibidos por el MPLA, y pusieron a funcio-

nar de inmediato las cuatro escuelas de instructores. Una en Delatando, que los portugueses llamaban Salazar, a 300 kilómetros al Este de Luanda; otra en el puerto atlántico de Benguela; otra en Sauro, antiguo Enrique de Carvalho, en la remota y desierta provincia oriental de Luanda, donde los portugueses habían tenido una base militar que destruyeron antes de abandonarla, y la cuarta en el enclave de Cabinda. Para entonces estaban las tropas de Holden Roberto tan cerca de Luanda, que un instructor de Artillería cubana les estaba dando las primeras lecciones a sus alumnos de Delatando, y desde el sitio en que se encontraba veía avanzar los carros blindados de los mercenarios. El 23 de octubre, las tropas regulares de África del Sur penetraron desde Namibia con una brigada mecanizada, y tres días después habían ocupado sin resistencia las ciudades de Sa da Bandeira y Mocamedes.



Mapa que muestra la situación de Angola en el continente africano, a la vez que señala los puntos claves en el desarrollo de la Operación Carlota.





Los cubanos fueron a Angola con la convicción de cumplir un acto de solidaridad política; de ahí que la operación no fuera una simple expedición de mercenarios, sino una guerra popular.

Era un paseo dominical. Los sudfricanos llevaban equipos de "cassettes" con música de fiesta instalados en los tanques. En el Norte, el jefe de la columna mercenaria dirigía las operaciones a bordo de un Honda deportivo, junto a una rubia de cine. Avanzaba con un aire de vacaciones, sin columna de exploración, y ni siquiera debió darse cuenta de dónde salió el cohete que hizo volar el coche en pedazos. En el maletín de la mujer sólo se encontró un traje de gala, un bikini y la tarjeta de invitación para la fiesta de la victoria que Holden Roberto tenía ya preparada en Luanda.

A finales de esa semana, los sudfricanos habían penetrado más de 600 kilómetros en territorio de Angola, y avanzaban hacia Luanda a unos 70 kilómetros diarios. El 3 de noviembre habían agredido al escaso personal del centro de instrucción para reclutas de Benguela. Así que los instructores cubanos tuvieron que abandonar las escuelas para enfrentarse a los invasores con sus aprendices de soldados, a los cuales impartían instrucciones en las pausas de las batallas. Hasta los médicos revivieron sus prácticas de milicianos y se fueron a las trincheras. Los dirigentes del MPLA, preparados para la lucha de guerrillas, pero no para una guerra masiva, comprendieron entonces que aquella confabulación de vecinos, sustentada por los recursos más rapaces y devastadores del imperialismo, no podía ser derrotada sin una apelación urgente a la solidaridad internacional.

El espíritu internacionalista de los cubanos es una virtud histórica. Aunque la revolución lo ha definido y magnificado de acuerdo con los principios del marxismo, su esencia se encontraba muy bien establecida en la conducta, y la obra de José Martí. Esa vocación ha sido evi-

dente —y conflictiva— en América Latina, África y Asia. En Argelia, aun antes de que la revolución cubana proclamara su carácter socialista, ya Cuba había prestado una ayuda considerable a los combatientes del FLN en su guerra contra el colonialismo francés. Tanto, que el Gobierno del general De Gaulle prohibió como represalia los vuelos

de Cubana de Aviación por los cielos de Francia. Más tarde, mientras Cuba era devastada por el ciclón Flora, un batallón de combatientes internacionalistas cubanos se fue a defender a Argelia contra Marruecos. Puede decirse que no ha habido en estos tiempos un movimiento de liberación africano que no hay contado con la solidaridad de

Cuba, ya fuera con material y armamentos, o con la formación de técnicos y especialistas militares y civiles. Mozambique, desde 1963, Guinea-Bissau, desde 1965, el Camerún y Sierra Leona han solicitado en algún momento y obtenido de alguna forma la ayuda solidaria de los cubanos. El Presidente de la República de Guinea, Sekou Touré, rechazó un desembarco de mercenarios con la asistencia de una unidad de cubanos. El comandante Pedro Rodríguez Peralta, ahora miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, fue capturado y encarcelado varios años por los portugueses en Guinea-Bissau. Cuando Agostinho Neto hizo un llamado a los estudiantes angolanos en Portugal para que se fueran a estudiar a países socialistas, muchos de ellos fueron acogidos por Cuba. En la actualidad, todos están vinculados a la construcción del socialismo en Angola, y algunos en posiciones muy destacadas. Es el caso de Minga, economista y actual ministro de Finanzas de Angola; Enrique Dos Santos, ingeniero geólogo, comandante y miembro del Comité Central del MPLA, y casado con una cubana; Mantos, ingeniero agrónomo y actual jefe de la Academia Militar, y N'Dalo, quien en sus tiempos de estudiante se destacó como el mejor futbolista de Cuba, y en la actualidad es el segundo jefe de la Primera Brigada de Angola (1).

Sin embargo, nada de eso ilustra tanto sobre la antigüedad y la intensidad de la presencia de Cuba



En 1965, en el apogeo de su estrella y de su edad, el "Che" Guevara se fue a luchar en las guerrillas del Congo. De entonces datan los contactos entre la revolución cubana y el MPLA.

(1) Algunos de estos nombres son seudónimos de la clandestinidad y la guerra, que siguen conservando en el poder. Jacobo Caetano, por ejemplo, mantiene aún el suyo: "Monstruo Inmortal".



## OPERACION CARLOTA

en África como el hecho de que el propio "Che" Guevara, en el apogeo de su estrella y de su edad, se fue a pelear en las guerrillas del Congo. Se fue el 25 de abril de 1965, que es la misma fecha de su carta de despedida a Fidel Castro, y en la cual renunciaba a su grado de comandante y a todo cuanto le vinculaba legalmente al Gobierno de Cuba. Se fue solo, en aviones de línea comercial, con el nombre cambiado en un pasaporte falso, con la fisonomía apenas alterada por dos toques maestros y un maletín de negocios con libros literarios y muchos inhaladores para su asma insaciable, y distrayendo las horas muertas en los cuartos de los hoteles con interminables solitarios de ajedrez. Tres meses después se le unieron en el Congo 200 cubanos de tropa que viajaron desde La Habana en un barco cargado de armamentos. La misión específica del "Che" era entrenar guerrilleros para el Consejo Nacional de la Revolución del Congo, que peleaban contra Moisés Chombé, pelele de los antiguos colonos belgas y de las compañías mineras internacionales. Lumumba había sido asesinado. El jefe titular del Consejo Nacional de la Revolución era Gastón Soumaliot, pero quien dirigía las operaciones era Laurent Cavila, desde su escondite de Kigona, en la margen opuesta del lago Tanganika. Aquella situación contribuyó, sin duda, a preservar la verdadera identidad del "Che" Guevara, y él mismo, para mayor seguridad, no figuró como jefe principal de la misión. Por eso se le conocía con el seudónimo de Tatú, que es el nombre del número 2 en lengua swahili.

El "Che" Guevara permaneció en el Congo desde abril hasta diciembre de 1965. No sólo entrenaba guerrilleros, sino que los dirigía en el combate y peleaba junto con ellos. Sus vínculos personales con Fidel Castro, sobre los cuales se ha especulado tanto, no se debilitaron en ningún momento. Sus contactos fueron permanentes y cordiales mediante sistemas de comunicación muy eficaces.

Cuando Moisés Chombé fue derribado, los congolese pidieron el retiro de los cubanos como una medida para facilitar el armisticio. El "Che" Guevara se fue como había llegado: sin hacer ruido. Se fue por el aeropuerto de Dar es-Salam, capital de Tanzania, en un avión comercial y leyendo al derecho y al revés un libro de problemas de ajedrez, para taparse la cara durante las seis horas del vuelo, mientras en el asiento vecino su ayudante cubano trataba de entretener al comisario político del Ejército de Zanzibar, que era un viejo admira-

dor del "Che" Guevara y habló de él sin descanso durante todo el viaje, tratando de tener noticias suyas y reiterando sin cesar los deseos que tenía de volver a verle.

Aquel paso fugaz y anónimo del "Che" Guevara por el África dejó sembrada una semilla que nadie había de erradicar. Algunos de sus hombres se trasladaron a Brazaville, y allí instruyeron unidades de guerrillas para el PAIGC, que dirigía Amílcar Cabral, y en especial para el MPLA. Una de las columnas entrenadas por ellos entró clandestinamente en Angola a través de Kinshasha y se incorporó a la lucha contra los portugueses con el nombre de "Columna Camilo Cienfuegos". Otra se infiltró en Cabinda, y más tarde cruzó el río Congo y se implantó en la zona de Dembo, donde nació Agostinho Neto y donde se luchó contra los portugueses durante cinco siglos. De modo que la acción solidaria de Cuba en Angola no fue un acto impulsivo y casual, sino una consecuencia de la política continua de la revolución cubana en el África. Sólo que había un elemento nuevo y dramático en esa delicada decisión. Esta vez no se trataba simplemente de mandar una ayuda posible, sino de emprender una guerra regular de gran escala a 10.000 kilómetros de su territorio, con un costo económico y humano incalculable y unas consecuencias políticas imprevisibles.

La posibilidad de que los Estados Unidos intervinieran de un modo abierto, y no a través de mercenarios y de África del Sur, como lo había hecho hasta entonces, era, sin duda, uno de los enigmas más inquietantes. Sin embargo, un rápido análisis permitía prever que por lo menos lo pensaría más de tres veces cuando acababa de salir del

pantano de Viet Nam y del escándalo de Watergate, con un Presidente que nadie había elegido, con la CIA hostigada por el Congreso y desprestigiada ante la opinión pública, con la necesidad de cuidarse para no aparecer como aliado de la racista África del Sur no sólo ante la mayoría de los países africanos, sino ante la propia población negra de los Estados Unidos, y además en plena campaña electoral y en el flamante año del bicentenario. Por otra parte, los cubanos estaban seguros de contar con la solidaridad y la ayuda material de la Unión Soviética y otros países socialistas, pero también eran conscientes de las implicaciones que su acción podría tener para la política de la coexistencia pacífica y la distensión internacional. Era una decisión de consecuencias irreversibles, y un problema demasiado grande y complejo para resolverlo en veinticuatro horas. En todo caso, la Dirección del Partido Comunista de Cuba no tuvo más de veinticuatro horas para decidir, y decidió sin vacilar, el 5 de noviembre, en una reunión larga y serena. Al contrario de lo que tanto se ha dicho, fue un acto independiente y soberano de Cuba, y fue después y no antes de decidirlo que se hizo la notificación correspondiente a la Unión Soviética. Otro 5 de noviembre como aquél, en 1843, una esclava del ingenio Triunvirato de la región de Matanzas, a quien llamaban la Negra Carlota, se había alzado machete en mano al frente de una partida de esclavos, y había muerto en la rebelión. Como homenaje a ella, la acción solidaria en Angola llevó su nombre: Operación Carlota.

La Operación Carlota se inició con el envío de un batallón reforzado de tropas especiales, compues-

to por 650 hombres. Fueron transportados por avión en vuelos sucesivos durante trece días desde la sección militar del aeropuerto José Martí, en La Habana, hasta el propio aeropuerto de Luanda, todavía ocupado por tropas portuguesas.

Su misión específica era detener la ofensiva para que la capital de Angola no cayera en poder de las Fuerzas enemigas antes de que se fueran los portugueses, y luego sostener la resistencia hasta que llegaran refuerzos por mar. Pero los hombres que salieron en los dos vuelos iniciales iban ya convencidos de llegar demasiado tarde, y sólo abrigaban la esperanza final de salvar a Cabinda.

El primer contingente salió el 7 de noviembre a las cuatro de la tarde en un vuelo especial de Cubana de Aviación, a bordo de uno de los legendarios "Bristol Britania" BB 218 de turbohélice, que ya habían sido descontinuados por sus fabricantes ingleses y jubilados en el mundo entero. Los pasajeros, que recuerdan muy bien haber sido 82 porque era el mismo número de los hombres del Granma, tenían un saludable aspecto de turistas tostados por el sol del Caribe. Todos iban vestidos de verano, sin ninguna insignia militar, con maletines de negocio y pasaportes regulares con sus nombres propios y su identidad real. Los miembros del batallón de tropas especiales, que no dependen de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, sino del Ministerio del Interior, son guerreros muy diestros, de un nivel ideológico y político elevado, y algunos tienen un grado académico, son lectores habituales y revelan una preocupación permanente por la superación intelectual. De manera que aquella ficción de civiles dominicales no debió parecerles ninguna novedad.



Puente sobre el río Queve, volado por tropas de Holden Roberto, y que fue rápidamente reparado por unidades de ingeniería del MPLA.





El Presidente Agostinho Neto, junto a Fidel Castro, durante una visita del primero a La Habana.

Pero en los maletines llevaban metralletas, y en el departamento de carga del avión, en vez de equipaje, había un buen cargamento de artillería ligera, las armas individuales de guerra, tres cañones de 75 milímetros y tres morteros 82. El único cambio que se había hecho en el avión, atendido por dos azafatas regulares, era una compuerta en el piso para sacar las armas desde la cabina de pasajeros en caso de emergencia.

El vuelo de La Habana a Luanda se hizo con una escala en Barbados para cargar combustible, en medio de una tormenta tropical, y otra escala de cinco horas en Guinea-Bissau, cuya finalidad principal era esperar la noche para volar en secreto hasta Brazaville. Los cubanos aprovecharon aquellas cinco horas para dormir, y ese fue el sueño más espantoso del viaje, pues en las bodegas del aeropuerto había tantos mosquitos que las sábanas de los catres quedaron ensangrentadas.

Mobutu, con su arrogancia soberbia, ha dicho que Brazaville se ilumina con el resplandor de Kinshasha, la moderna y fulgurante capital de Zaire. En eso no le falta razón. Las dos ciudades están situadas una frente a la otra con el río Congo de por medio, y los respectivos aeropuertos se encuentran tan cerca que los primeros pilotos cubanos tuvieron que estudiarlos muy bien para no aterrizar en la pista enemiga. Lo hicieron sin contratiempos, con las luces apagadas para no ser vistos desde la otra orilla, y permanecieron en Brazaville apenas el tiempo suficiente para informarse por radio sobre la situa-

ción en Angola. El comandante angolano Xieta, que mantenía buenas relaciones con el comisionado portugués, había conseguido de éste la autorización para que los cubanos aterrizaran en Luanda. Así lo hicieron, a las diez de la noche del 8 de noviembre, sin auxilio de torre y bajo un aguacero torrencial. Quince minutos después llegó un segundo avión. En aquel momento apenas estaban saliendo de Cuba tres barcos cargados con un regimiento de artillería, un batallón de tropas motorizadas y el personal de la artillería a reacción, que enpezarían a desembarcar en Angola desde el 27 de noviembre. En cambio, las columnas de Holden Roberto estaban tan cerca, que horas antes habían matado a cañonazos a una anciana nativa, tratando de alcanzar el cuartel del Gran Fani, donde fueron concentrados los cubanos. Así que éstos no tuvieron ni siquiera tiempo de descansar. Se pusieron el uniforme verde oliva, se incorporaron a las filas del MPLA y se fueron al combate.

La prensa cubana, por normas de seguridad, no había publicado la noticia de la participación en Angola. Pero como suele ocurrir en Cuba aún con asuntos militares tan delicados como éste, la operación era un secreto guardado celosamente entre ocho millones de personas. El Primer Congreso del Partido Comunista, que había de realizarse pocas semanas después y que fue una especie de obsesión nacional durante todo el año, adquirió entonces una dimensión nueva.

El procedimiento empleado para formar las unidades de voluntarios

fue una citación privada a los miembros de la primera reserva, que comprende a todos los varones entre los diecisiete y los veinticinco años, y a los que han sido miembros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Se les citaba por telegrama al comité militar correspondiente sin mencionar el motivo de la convocatoria, pero el motivo era tan evidente que todo el que se creyó con capacidad militar se precipitó sin telegramas previos ante su comité respectivo, y mucho trabajo costó impedir que aquella solidaridad masiva se convirtiera en un desorden nacional.

Hasta donde lo permitió la urgencia de la situación, el criterio selectivo fue bastante estricto. No sólo se tomaron en cuenta la calificación militar y las condiciones físicas y morales, sino también los antecedentes de trabajo y la formación política. A pesar de ese rigor, son incontables los casos de voluntarios que lograron burlar los filtros de selección. Se sabe de un ingeniero calificado que se hizo pasar por chófer de camión, de un alto funcionario que logró pasar como mecánico, de una mujer que estuvo a punto de ser admitida como soldado raso. Se sabe de un muchacho que se fue sin permiso de su padre, y que más tarde se encontró con él en Angola, porque también su padre se había ido a escondidas de la familia. En cambio, un sargento de veinte años no consiguió que lo mandaran por ningún medio, y, sin embargo, tuvo que soportar con el machismo herido, que mandaran a su madre, que es periodista, y a su novia, que es médi-

co. Algunos delincuentes comunes, desde la cárcel, pidieron ser admitidos, pero ninguno de esos casos fue contemplado.

La primera mujer que se fue, a principios de diciembre, había sido rechazada varias veces con el argumento de que "aquello era muy pesado para una mujer". Estaba lista para irse de polizón en un barco, y ya había metido su ropa en las bodegas con la complicidad de un compañero fotógrafo, cuando supo que había sido escogida para irse legalmente y por avión. Su nombre es Esther Lilia Díaz Rodríguez, una antigua maestra de veintitrés años que ingresó a las Fuerzas Armadas en 1969, y tiene una buena marca en tiro de infantería. Con ella se fueron, cada uno por su lado, tres hermanos más: César, Rubén y Erieldo. Cada uno por su lado, y sin ponerse de acuerdo, los cuatro le contaron el mismo cuento a su madre; que se iban para las maniobras militares de Camaguey con motivo del Congreso del Partido. Todos regresaron sanos y salvos, y su madre está orgullosa de que hayan estado en Angola, pero no les ha perdonado la mentira de las maniobras en Camaguey.

Las conversaciones con los que regresaron permiten establecer que algunos cubanos querían irse para Angola por motivos personales muy diversos. Por lo menos uno se filtró con el propósito simple de desertar, y luego secuestró un avión portugués y pidió asilo en Lisboa. Ninguno se fue a la fuerza: antes de irse, todos tuvieron que firmar su hoja de voluntarios. Algunos se negaron a ir después de escogidos y fueron víctimas de toda clase de burlas públicas y desprecios privados. Pero no hay duda de que la inmensa mayoría se fue a Angola con la convicción plena de cumplir un acto de solidaridad política, con la misma conciencia y el mismo coraje con que quince años antes había rechazado el desembarco en Playa Girón, y por eso mismo la Operación Carlota no fue una simple expedición de guerreros profesionales, sino una guerra popular. ■ G. G. M.

PROXIMO NUMERO:

**OPERACION  
CARLOTA  
(y 2)**

**VICTORIA  
EN  
ANGOLA**